

Loretta Napoleoni

Traficantes de personas

El negocio de los secuestros y la crisis
de los refugiados



Loretta Napoleoni

Traficantes de personas

El negocio de los secuestros
y la crisis de los refugiados



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Merchants of Men*, de Loretta Napoleoni
Publicado originalmente en inglés por Seven Stories Press

Traducción de Albino Santos Mosquera

1.^a edición, octubre de 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Loretta Napoleoni, 2016
© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2016
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2016
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3248-7

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 17.853-2016

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prefacio	11
Prólogo	17

PRIMERA PARTE

1. El protocolo de Al Qaeda en el Magreb Islámico	23
2. Dar de comer a los osos	36
3. Traficar con migrantes	47
4. La economía de la piratería	62
5. Conexión de la diáspora somalí con el golfo Pérsico	77
6. Humo y espejos de la guerra civil siria	88

SEGUNDA PARTE

7. El negociador	103
8. El rescate	109
9. La hora de oro: anatomía de un secuestro	119
10. La presa: en busca de una nueva identidad	132
11. La mitología sobre los rehenes occidentales	146

TERCERA PARTE

12. Punto final a la verdad	165
13. Un ajedrez con las vidas de los rehenes en juego	181
14. Historia de amor de dos refugiados	191
15. El bumerán político	201
Epílogo: El <i>brexít</i>	215

Glosario	219
Notas.....	227
Agradecimientos.....	243

EL PROTOCOLO DE AL QAEDA EN EL MAGREB ISLÁMICO

A finales de enero de 2011, Maria Sandra Mariani partió de San Casciano in Val di Pesa, una pequeña localidad de la Toscana, con rumbo a la esquina sureste del Sáhara argelino. Esta italiana de cincuenta y tres años se moría de ganas de regresar, como todos los años, a tan increíblemente bella región del Magreb. Había reservado un *tour* en grupo por las principales maravillas naturales y ruinas arqueológicas (del Neolítico incluso) de la zona, y tenía previsto dedicar varios días a visitar pueblos por allí. Todos los inviernos desde 2006, Mariani había ido de vacaciones al desierto del Sáhara, en parte para hacer turismo, pero en parte también para hacer labores de «voluntariado de ayuda humanitaria», según sus propias palabras, llevando «medicinas y productos a la población local».¹ Como ya había hecho muchas veces antes, reservó su *tour* con Ténéré Voyages, una conocida agencia de viajes especializada en el Sáhara. Y, como en ocasiones pasadas, Aziz iba a ser su guía. Aziz, un educado argelino con quien Mariani había trabado amistad a lo largo de esos años, había llegado incluso a visitarla (a ella y a su familia) en la Toscana.

Cuando Mariani aterrizó en el aeropuerto de Yanet, a unos 150 kilómetros de la frontera entre Argelia y Libia, fue Aziz precisamente la primera persona a la que vio. Él le dio la bienvenida y, viendo lo pálida que estaba, le preguntó si había tenido mal viaje. Mariani reconoció que no se sentía muy bien. «Seguramente había comido algo en mal estado en el avión y me encontraba fatal —confiesa—, pero nos fuimos de allí sin mayor demora. Nos dirigimos hacia el desierto de Tadrart,² entre Argelia y Libia. Pasaron días sin que todavía me encontrara bien del todo. Aziz me sugirió que nos detuviéramos en un pequeño complejo turístico, de apenas unos pocos bungalós, que era también propiedad de Ténéré Voyages.»

Mariani tardó un par de días en recuperarse. El 2 de febrero, se sintió ya suficientemente bien como para hacer una pequeña excursión. «Pasamos un día genial —recuerda ella—. La luz, el aire, el paisaje, todo era perfecto. Estaba feliz: feliz de encontrarme bien de nuevo, feliz de estar en mi amado Sáhara.»

Mariani y Aziz regresaron en coche al complejo turístico al atardecer. «Salí del vehículo y, de repente, cuando caminábamos hacia los bungalós, Aziz vio dos todoterrenos negros que se nos acercaban a toda velocidad. Creyó que eran atracadores o contrabandistas y me dijo “Vete, vete, que no te vean”, y yo salí corriendo hacia el bungaló, pero ya me habían visto. Luego supe que me habían descubierto con sus prismáticos; iban en busca de extranjeros. Yo no iba tapada con pañuelo porque no había nadie alrededor. Estábamos en medio del desierto y el hotel estaba vacío, así que no se me ocurrió disimular mi aspecto. Pero ellos me vieron y supieron al momento que yo era una turista occidental», recuerda Mariani.

Aquellos hombres rodearon enseguida a esta mujer de mediana edad, a Aziz y al conserje del hotel. «Estuvieron mucho tiempo preguntando “¿Dónde están los demás turistas?, ¿dónde está tu marido?”. No se podían creer que yo estuviera allí sola —dice Mariani—. Además, hablaban en inglés porque pensaban que yo era inglesa. Veinte días antes, en aquel mismo complejo, se había alojado un numeroso grupo de turistas ingleses para las fiestas de Año Nuevo.»

Frustrados, los hombres —que claramente esperaban haber encontrado allí a un número más grande de occidentales— agarraron a Mariani y la metieron a empellones en el asiento trasero de uno de los todoterrenos. Dos de ellos obligaron al conserje y al guía a seguirlos en el coche de Aziz. «Cuando me encerraron en el todoterreno, entendimos todos que no eran ladrones ni contrabandistas, sino secuestradores. Tuve una sensación de abatimiento, se me cayó el corazón a los pies, sentí que me faltaba el aire —recuerda Mariani—. Más tarde, cuando les pregunte quiénes eran, me miraron y, orgullosos, me respondieron: “Somos Al Qaeda”.»

Caía la noche y Mariani estaba allí sola, en el asiento de atrás de un vehículo conducido a través del desierto por catorce miembros de Al Qaeda en el Magreb Islámico. De todos modos, la visión de las luces del coche de Aziz siguiéndolos justo por detrás le resultaba tranquilizadora. «Aziz era amigo mío. Estaba segura de que me protegería», confesó. Pero cuando ya llevaban unas cinco horas de viaje, sus secuestradores decidieron dejar que el guía y el conserje se fueran, porque el vehículo en el que iban no era tan rápido por los caminos y sendas del desierto como los todoterrenos de los secuestradores. «Rompieron los faros del coche de Aziz para que no pudiera viajar de vuelta a casa hasta el amanecer y, acto seguido, nos fuimos», recuerda Mariani.

Los secuestradores eran profesionales. Sabían que tenían que alejarse del escenario del rapto lo antes posible. Y, a fin de cuentas, no tenían in-

terés alguno en secuestrar a dos argelinos. Solo querían extranjeros. Cuando sus captores prosiguieron viaje en plena noche dejando a Aziz y al conserje varados en aquel desierto, Maria Sandra Mariani se dio cuenta de que estaba completamente sola.

Hundida en la parte de atrás del todoterreno, aquella italiana de mediana edad escuchaba el sonido de su corazón que se aceleraba sin saber que aquella terrible experiencia suya estaba ligada, a través de una surrealista cadena de acontecimientos, a una controvertida legislación aprobada una década antes por la administración Bush: la USA PATRIOT Act.

UNA *JOINT VENTURE* DEL CRIMEN

La ley conocida como «Patriot Act» entró en vigor en Estados Unidos un mes después del 11-S. Aquella legislación disminuía los derechos civiles de los estadounidenses, incrementaba la vigilancia gubernamental y fijaba una serie de nuevas reglas financieras y bancarias para poner trabas al flujo internacional de ingresos por actividades delictivas y al lavado de dinero en dólares estadounidenses, lo que forzó al cártel colombiano de la droga a buscar rutas alternativas para introducir su cocaína en Europa y para lavar sus ilícitas ganancias. La ruta elegida fue a través de África occidental y el Sahel. Los secuestradores de Mariani, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), habían sacado partido de esa nueva fuente de negocio en un primer momento y, luego, habían diversificado su búsqueda de nuevas fuentes de ingresos dedicándose, primero, al secuestro de extranjeros y, después, al tráfico de migrantes. Para entender mejor esta surrealista cadena de acontecimientos que convirtió a yihadistas en traficantes de droga, secuestradores y tratantes dedicados al tráfico humano (una especie de *frikiterronomía*), hay que seguir la pista del rastro del dinero hasta su fuente: el cártel colombiano durante la época inmediatamente posterior al 11-S.

Hasta el ataque contra las Torres Gemelas, el grueso de los ingresos netos por la droga a nivel mundial se lavaban en Estados Unidos en dólares de ese país.³ Dado que el 80 por ciento de esos beneficios eran en efectivo (denominados en la mencionada moneda), el dinero tenía que transportarse físicamente hasta Estados Unidos. El principal punto de entrada eran entidades y bancos pantalla con sede en paraísos fiscales de las Antillas. La Patriot Act dificultó enormemente (por no decir que imposi-

bilitó) ese proceso. Por ejemplo, los bancos estadounidenses o registrados en Estados Unidos ya no podían mantener negocios con bancos en paraísos fiscales (del Caribe, por ejemplo). Además, la nueva legislación otorgaba a las autoridades monetarias norteamericanas el derecho a supervisar todas las transacciones en dólares que se realizaran en cualquier lugar del mundo. En concreto, convirtió en delito penal que un banco estadounidense (o extranjero, pero registrado en Estados Unidos) no alertara a las autoridades monetarias norteamericanas de cualquier transacción sospechosa en dólares que detectara en un punto cualquiera del planeta.

No es difícil comprender, pues, por qué la Patriot Act representó un revés muy duro para el cártel colombiano de la droga. No obstante, el problema clave no radicaba tanto en cómo lavar las ganancias sucias obtenidas de la venta de cocaína dentro de Estados Unidos, como en cómo lavarlas en dólares en cualquier otro lugar del mundo y en cómo transferir esos fondos de un país a otro sin alertar a las autoridades monetarias estadounidenses.

La solución a ese problema vendría de un inmigrante italiano afincado en Colombia, Salvatore Mancuso. Siendo jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), una organización terrorista paramilitar colombiana, Mancuso intercedió para que se cerrara un pacto entre el cártel de la cocaína y el crimen organizado calabrés, la *'Ndrangheta*, por el que el recién nacido euro pasaba a ser la moneda de cambio global de los beneficios del comercio ilegal de la droga. La *'Ndrangheta* proporcionaba un servicio integrado: se ocupaba de la venta de la cocaína en Europa y lavaba los beneficios resultantes en los mercados europeos y asiáticos.

La ausencia en Europa de una legislación análoga a la Patriot Act facilitó el éxito de tan inusual *joint venture*. «Los ingresos por la droga generados en España se transformaban en beneficios derivados de la inversión inmobiliaria en Bélgica —aclara una fuente de la Europol—. Desde allí, podían ser rápidamente transferidos en euros a Bogotá sin pasar filtro alguno.»⁴

Tras el 11-S, la Italia de Maria Sandra Mariani se convirtió en un centro clave en Europa para el transbordo y el lavado de dinero del comercio de cocaína. Según datos de la Guardia di Finanza, la principal fuerza policial financiera italiana, entre 2001 y 2004, el lavado de dinero en Italia se incrementó en un 70 por ciento.⁵ De ahí que pueda afirmarse que, con el nuevo milenio, llegó también a Europa una verdadera edad de oro del lavado monetario por cortesía de la Patriot Act y de las astutas estrategias de la *'Ndrangheta* para sortear esas barreras legislativas en Es-

tados Unidos. Sin embargo, el envío directo de cocaína de Colombia a Europa demostró ser mucho más problemático que el lavado de ganancias ilícitas en el Viejo Continente, como bien quedó demostrado por el éxito de la Operación Decollo.

DE LA COSTA DEL ORO A LA COSTA DE LA COCA

En el otoño de 2003, la Guardia di Finanza italiana logró un gran avance en una operación encubierta que había iniciado tres años antes con el nombre en clave de «Decollo» («despegue» en italiano). En realidad, aquel éxito se debió a un golpe de suerte: un informante, algo ciertamente poco habitual tratándose de la *'Ndrangheta*. Este informador había revelado que estaba previsto que llegara una gran remesa de cocaína camuflada entre un cargamento de mármol colombiano al puerto de Gioia Tauro, en Calabria, en pleno territorio controlado por la *'Ndrangheta*.

Oculto entre los bloques de mármol, los policías (los *finanzieri*) hallaron 5.500 bolsas de cocaína herméticamente selladas, de un kilo de peso cada una. Por la documentación del capitán, se supo que Miguel Díez, una falsa compañía de importación-exportación creada por el cártel colombiano de la droga, había fletado el barco. La empresa transportista, la danesa Maersk Line, no tenía ni idea del verdadero contenido del cargamento; tampoco la tripulación ni el capitán.

Lo acaecido aquel día fue excepcional. Por cada cargamento ilegal que se descubre, centenares de ellos (cuando no millares) pasan sin comprobación.⁶ Sin un soplón, habría sido imposible detectar aquel cargamento de cocaína. No obstante, la redada dejó al descubierto la debilidad de recurrir a los envíos directos hacia Europa en el contexto posterior al 11-S. El aumento de las medidas de seguridad en territorio europeo tras los ataques en suelo norteamericano y los posteriores atentados en Madrid y Londres confirmaron la necesidad de buscar rutas alternativas y nuevos países de transbordo para hacer llegar la cocaína desde América Latina hasta Europa. Y Venezuela y el África occidental resultaron ser ideales en ese sentido.⁷

Desde mediados de la década de 1990, el cártel colombiano de la droga se había esforzado por establecer un clima de buenas relaciones con los políticos de la vecina Venezuela a base de colmarlos de dinero. Y la inversión se demostró muy oportuna. Ya en 1998, tras su elección como presidente,

Hugo Chávez ofreció refugio en su país a organizaciones armadas implicadas en el comercio de la cocaína colombiana. Tras 2001, llegó incluso a animarlas a trasladar sus plantaciones de coca a suelo venezolano.⁸ De ahí que cuando, a finales de ese mismo año 2001, el cártel valoró la opción de usar Venezuela como punto clave de transbordo para trasladar la cocaína a Europa haciendo escala en el África occidental, hallase fuertes apoyos y una infraestructura muy afianzada para ello.

Como centro principal para el transbordo de la mercancía en el continente africano, el cártel eligió Guinea-Bissau, en la que antaño se dio en llamar Costa del Oro, tristemente famosa franja del litoral africano occidental desde donde se transportaban los esclavos hacia el Nuevo Mundo. Daniel Ruiz, quien, en 2006, como representante de la ONU en Guinea-Bissau, denunció el creciente papel de esa nación en el tráfico de cocaína, señalaría años después que las características del país hacían que los envíos ilegales fuesen especialmente difíciles de detectar. «Desde un punto de vista geográfico, Guinea-Bissau era muy buena elección como punto para el transbordo de la mercancía. Es un territorio llano que incluye un archipiélago de unas ochenta islas, todas ellas cubiertas de una densa selva y fácilmente accesibles por mar. Contaba, además, con veintisiete pistas de aterrizaje construidas por los portugueses durante sus guerras coloniales, ideales para aviones pequeños que atravesaran el Atlántico desde Venezuela cargados de cocaína. Por último, Guinea-Bissau era un importante centro pesquero. De ahí que sus puertos dispusieran de enormes almacenes vacíos donde el cártel podía guardar la droga.»⁹

El modelo de negocio aplicado por el cártel era sofisticado y lineal al mismo tiempo. Según Ruiz, «siempre había dos líneas de envío: una más pequeña que se servía de “mulas” —africanos que tragaban pequeñas cantidades de cocaína y se desplazaban en avión— y que generaba ingresos en efectivo para los políticos y los policías corruptos del propio país; pero también había otra más grande, que era la de los envíos de toneladas de cocaína oculta en contenedores, entre cargamentos de mercancías transportadas por mar hacia Europa».

No obstante, cuando el cártel aterrizó en Guinea-Bissau, halló otra inesperada vía por la que traficar grandes cantidades de cocaína y que demostró ser tan eficiente como eficaz: concretamente, por tierra, siguiendo las viejas rutas de contrabando transaharianas, con la cocaína oculta en camiones y todoterrenos. Me refiero a los mismos caminos arenosos que, años después, los captores de Maria Sandra Mariani usarían para llegar hasta ella y secuestrarla.

«Sabía que, en el desierto del Sáhara, había mucho contrabando. Aziz me había mostrado alguna vez contenedores vacíos abandonados en la arena y me había dicho: “¿Ves eso? Es de los contrabandistas, deben de haberse parado aquí”. Hacían contrabando de toda clase de mercancías: petróleo, cigarrillos, hachís, todo lo que tuviera demanda», recuerda Mariani. También traficaban con otra cosa sin que personas como Mariani lo supieran: cocaína.

Según fuentes de las fuerzas de seguridad, «la verdadera escala de los crecientes lazos entre los yihadistas y los cárteles latinoamericanos se hizo evidente cuando fuentes militares informaron de la localización de un Boeing 727 calcinado en medio del desierto de Mali en 2009. El avión había sido cargado con cocaína y otros productos de contrabando en Venezuela, había sido pilotado hasta el otro lado del Atlántico, se había estrellado en el desierto y había sido quemado para eliminar pruebas». ¹⁰ Ese mismo año, apenas dos antes de que Mariani fuese secuestrada y trasladada a Mali, la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés) calculaba que, al año, llegaban a Europa entre cincuenta y sesenta toneladas de cocaína a través del África occidental, transportadas de contrabando por las rutas transaharianas, lo que representaba aproximadamente el 13 por ciento del comercio total de ese estupefaciente en Europa. Las drogas destinadas al Viejo Continente llegaban al África occidental desde Colombia —que es con mucho el más importante Estado latinoamericano en este sector de actividad—, pero también desde Perú, Bolivia, Venezuela y Brasil. ¹¹

Ya desde el primerísimo momento, entre 2002 y 2003, fue muy fácil para la enorme red de contrabandistas africanos —que ya controlaban las rutas de tráfico ilegal transahariano por el Sahel que conectan el África occidental con las costas del Mediterráneo— explotar el nuevo negocio que el cártel colombiano había llevado hasta el oeste de África. Los contrabandistas eran principalmente argelinos, mauritanos, malienses y marroquíes, y entre ellos se contaban también varios grupos de yihadistas. Tenían su cuartel general en Gao, una localidad a orillas del río Níger, en el noreste de Mali. Gao no tardó en convertirse en uno de los principales puntos de paso en el comercio de la cocaína con Europa. Desde Gao, la caravana de la droga se dirigía hacia el norte, a través del desierto del Sáhara, especialmente hacia el litoral mediterráneo de Libia. En febrero de 2011, Maria Sandra Mariani viajó con sus secuestradores justo en el sentido contrario.

El negocio de la cocaína resultó muy rentable y reactivó con fuerza

las viejas rutas del contrabando, lo que actuó como un estímulo para las economías locales del Sahel en una época de gran dificultad económica general. Pero, al tiempo que ayudaban a mantener muchos negocios locales a flote, estas actividades desestabilizaron más aún una región que, desde la caída del Muro de Berlín, había perdido todo anclaje político. Guinea-Bissau era especialmente vulnerable en ese sentido. «Tercer país más pobre del mundo, con un índice de analfabetismo de un 60 por ciento y sin apenas red de suministro eléctrico, Guinea-Bissau se había convertido en una de las muchas víctimas del desmantelamiento del bloque soviético. En 1998, tras la caída de su gobierno marxista, el país se sumió en una guerra civil. Con ese telón de fondo, no le fue difícil al cártel colombiano comprar a la élite política y a la fuerza policial, y decidir el resultado de las elecciones de 2005», explicaba Daniel Ruiz.

La ausencia de una autoridad estatal fuerte y la importancia de las lealtades personales, tribales y étnicas facilitó que los contrabandistas procedieran sin trabas con su negocio y cultivaran una completa red de funcionarios corruptos: un movimiento fundamental para garantizar el paso de productos ilegales. Al final, los beneficios así generados (y gastos) a nivel local les granjearon el respeto de las tribus locales. Como en el Cornualles del siglo xviii, en el Sahel el contrabando había formado parte del ser mismo de la población durante siglos, así que no fue difícil reanimarlo. «Antes incluso de que se disparara el comercio de esclavos, el oeste y el norte de África compartían ya unas enraizadas tradiciones contrabandistas a través del Sahel, tradiciones que sobrevivieron a la globalización», escribió Colin Freeman en el *Daily Telegraph*.¹² Tras la caída del Muro de Berlín, por ejemplo, la economía de Mali pasó a ser totalmente dependiente del contrabando de productos argelinos, que eran más baratos porque estaban subvencionados por el gobierno militar de Argel.¹³

Con este trasfondo, el contrabando de droga en el Sahel no solo floreció, sino que se convirtió en prácticamente la única actividad económica de la región. Fue solo cuestión de tiempo que los contrabandistas añadieran a su catálogo otro producto ilícito: cargamentos humanos. Extranjeros y extranjeras como Mariani, secuestrados a cambio de un rescate, pero también migrantes dispuestos a pagar mucho dinero para ser «traficados» lejos de la desestabilización del África occidental.

EL PROTOCOLO DE AL QAEDA EN EL MAGREB ISLÁMICO

Una semana tardó Maria Sandra Mariani en llegar a su destino final: un campamento en el norte de Mali. Durante ese viaje, se percató de que sus secuestradores sabían muy bien cómo moverse por el Sáhara. «A lo largo de nuestro viaje, vi que tenían comida, gasolina y neumáticos de repuesto almacenados en varios escondrijos repartidos por el desierto. Sabían exactamente dónde estaban los suministros y cómo sacarlos de donde estaban», recuerda ella. Lo que ella no sabía entonces era que sus captores habían tenido casi una década para perfeccionar el transporte de rehenes a través del desierto del Sáhara.

Al Qaeda en el Magreb Islámico se creó, en parte, con los ingresos del contrabando y, en parte también, con el dinero del rescate del primer gran secuestro de extranjeros en la región. En 2003, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC),¹⁴ una facción escindida del GIA argelino, secuestró a treinta y dos europeos y los trasladó al norte de Mali. Su líder era Mojtat Belmojtat, «El Tuerto», antiguo muyahidín argelino. Belmojtat usó parte de los 5,5 millones de euros de rescate pagados por los países europeos a cambio de la liberación de sus rehenes para financiar AQMI.¹⁵ A partir de ese momento, una pléyade de pequeños grupos que mezclaban delincuencia y yihadismo —incluido el GSPC— se integraron en la nueva organización.

Como AQMI carecía de vínculos con los financiadores tradicionales de Al Qaeda en el golfo Pérsico, tuvo que autofinanciarse desde el principio a partir de las actividades ilegales varias de sus miembros en el África occidental y el Sahel, destacando entre todas el tráfico y secuestro de extranjeros por su elevado rendimiento en ingresos netos. Los analistas estiman que AQMI gastaba unos 2 millones de dólares mensuales en armamento, vehículos y pagos compensatorios a las familias cuyos hijos ingresaban en las *katibas* (unidades de combate) locales. En 2012, la ONU informó de que las familias del norte de Mali recibían unos 600 dólares por niño soldado, a los que seguían pagos mensuales de 400 si el niño permanecía en servicio activo.¹⁶ Por lo tanto, los costes de reclutamiento eran elevados.

Belmojtat adquirió una inmensa popularidad en AQMI porque generaba enormes ingresos monetarios por actividades ilegales y pagaba bien a los miembros de su *katiba*. Ya con anterioridad, a finales de la década de 1990, había conseguido desarrollar una muy rentable red de contrabando entre Argelia y Mali que le había valido el sobrenombre de «Mr. Marlbo-

ro», por los cigarrillos con los que traficaba. Según Jean-Pierre Filiu, profesor de estudios de Oriente Próximo y Medio en Sciences Po (el Instituto de Estudios Políticos de París), la popularidad de Belmojtar era debida también a que sabía reforzar sus relaciones con las tribus del desierto estableciendo con ellas alianzas matrimoniales y absteniéndose de extorsionar a las poblaciones locales por dinero, justamente al contrario de lo que el GSPC estaba haciendo en aquel momento en su feudo de la Cabília,¹⁷ en las montañas del Atlas Telliano, al norte de Argelia. Curiosamente, casi veinte años después, el Estado Islámico (también conocido como Estado Islámico de Irak y Siria, o ISIS según sus iniciales en inglés) pondría en práctica una estrategia similar tanto en Siria como en Irak para ganarse el consenso de las tribus locales.

De hecho, para compensar los ingresos perdidos por no esquilmar a las poblaciones locales, Belmojtar decidió en 2003 diversificar su ámbito de actividad y dedicarse también al secuestro de extranjeros sin dejar de seguir involucrado en el tráfico de drogas y armas.¹⁸ Antes de ese año, la captura de extranjeros no se consideraba un negocio rentable en la región porque el tráfico de cocaína hacia las costas norteafricanas producía buenos ingresos por sí solo. Sin embargo, el éxito de los primeros secuestros en 2003 demostró a la comunidad de delincuentes y yihadistas de la zona que ese era un nuevo negocio al que valía la pena dedicarse.¹⁹

A diferencia del tráfico de cocaína, el secuestro de extranjeros era un negocio del que AQMI podía encargarse prácticamente en solitario sin la intervención de entidades foráneas como el cártel colombiano. Eso explica que los ingresos por ese concepto superaran enseguida los beneficios que obtenía del tráfico de drogas. Según una investigación del *New York Times*, desde 2003 y hasta que Mariani fue secuestrada en 2011, AQMI había recaudado 165 millones de dólares en rescates.²⁰

Además, la oferta de extranjeros en la región era abundante. Hasta que los secuestraban, ninguno de los rehenes tenía idea alguna de lo peligroso que se había vuelto el Sahel en apenas unos pocos años, ni de que las rutas transaharianas eran vías muy transitadas por el tráfico de cocaína y de migrantes. Eran tan ignorantes del riesgo de viajar a esas áreas como Maria Sandra Mariani lo era antes de aquel viaje. «Unos pocos días antes de salir rumbo a Argelia, vi un programa en France 24 sobre dos rehenes franceses que habían sido raptados en el Sahel hacía seis meses. Sarkozy decía entonces que Francia no pagaría ningún rescate —añade Mariani—. Pensé que para él era muy fácil decirlo, pero que, para aquellos rehenes, el rescate representaba la diferencia entre la vida y la muerte. Sin embar-

go, jamás me pasó por la cabeza que algo así podría ocurrirme a mí. Llevaba cinco años viajando al desierto argelino y en ningún momento me había sentido insegura.»

Los gobiernos occidentales habían logrado mantener la creciente crisis de los secuestros alejada del foco de los medios, lo que había contribuido a reforzar tanto en turistas como Mariani como en muchos periodistas la sensación de que la aldea global era segura.²¹ Las noticias de personas secuestradas aparecían como excepciones aisladas dentro de lo que, por lo demás, se nos presentaba como una región pacífica y segura del continente africano. Tampoco era de dominio público que el cártel colombiano había establecido nuevas rutas de contrabando a través del Sahel ni que un nuevo género de delincuente florecía en aquellas tierras, ni que las organizaciones yihadistas se estaban enriqueciendo con ambas líneas de negocio.

Pronto, secuestrar a extranjeros se volvió tan rentable que la central de Al Qaeda en Afganistán emitió directrices sobre cómo ponerlo en marcha en otras regiones, animando a sus grupos yihadistas afiliados a introducirse en el negocio de capturar a occidentales como AQMI hacía en el Sahel. A partir de ese momento, el secuestro de extranjeros pasó a conocerse como el «protocolo» de Al Qaeda en el Magreb Islámico, un modelo que, como veremos, se reproduciría en el resto del mundo yihadista.²²

El protocolo de AQMI estaba centrado en el secuestro de extranjeros en zonas desprovistas de una autoridad propiamente dicha: Estados fallidos o semifallidos, de los que, en el Sahel, había ciertamente en abundancia e incluían Níger, el sur de Argelia, Mauritania, Mali y más áreas. La facilidad de acceso de AQMI a un escondite seguro en el norte de Mali (una región «gobernada» por una autoridad estatal semifallida) fue también un factor crucial. Pero las claves definitivas de su éxito fueron una estricta división del trabajo y una igualmente estricta disciplina interna en la organización.

Mariani y todos los demás rehenes eran secuestrados por miembros de baja cualificación (y bajo rango) de la organización. Normalmente, estas personas recibían instrucciones de sus jefes y no podían tomar decisiones ejecutivas propias sobre el terreno. Otro grupo de personas (con menor nivel de cualificación aún) vigilaban a los rehenes en los campamentos. Estos hombres tremendamente sencillos compartían todo con sus rehenes, comida incluida. «Quienes me vigilaban eran personas muy, muy sencillas —me cuenta Mariani—. Tenían miedo incluso de mirarme cuando me traían la comida. Eran todos muy religiosos y rezaban cinco

veces al día, con total puntualidad. Pero no hacían gran cosa aparte de orar.»

Con el paso de los meses, el trato dispensado por los carceleros de Mariani a su rehén fue haciéndose cada vez más desabrido. Querían su dinero, su parte del rescate, y estaban desesperados por salir ya del campamento y regresar a sus casas y gastarse el dinero. A pesar de su impaciencia, su rudeza y su aburrimiento, ninguno de quienes la vigilaban le hizo daño alguno. Todo lo contrario: un escorpión la picó dos veces y ellos la colocaron entonces en una cama del campamento. Y desde que una noche se despertó con una serpiente enroscada en la cabeza, todas las noches a partir de entonces se aseguraban siempre de que la tienda en que ella dormía estuviera libre de reptiles peligrosos.

Una de las pocas tareas de sus carceleros era asegurarse de que Mariani no tenía contacto alguno con ninguno de los otros rehenes retenidos en el campamento. «Sabía que había otras dos personas capturadas, los dos franceses de los que habían hablado en France 24. Los había visto desde la distancia, pero nunca pudimos hablar: nos tenían en extremos opuestos del campamento», recuerda Mariani. De hecho, Mariani estuvo recluida en el mismo campamento que Marc Féret y Pierre Legrand, que serían puestos en libertad en octubre de 2013.

A la hora de negociar el rescate, solo los miembros de más alto rango de AQMI intervenían. A diferencia de los carceleros de base, aquellos otros hombres eran sofisticados y sí tenían un elevado nivel de cualificación. A menudo llevaban varias negociaciones simultáneamente. El negociador en el caso de Mariani fue Abu Alid Saravi. Hablaba varios idiomas, tenía un título universitario y era un saharauí²³ de la Argelia suroccidental. En la entrevista mantenida con las autoridades tras su liberación, Mariani reconoció a aquel hombre como el secuestrador de otra italiana, Rossella Urru. «Yo no dejaba de decirles a los del servicio secreto que él era el mismo tipo que había secuestrado a Rossella, pero ellos se resistían a creerme», me cuenta Mariani. Urru fue raptada el 23 de octubre de 2011 junto a dos cooperantes españoles, Ainhoa Fernández de Rincón y Enric Gonyalons, en un campamento de refugiados saharauis en Tinduf, en el suroeste de Argelia. Por entonces, Abu Alid había salido de AQMI para integrarse en un grupo escindido de dicha organización y compuesto predominantemente por argelinos saharauis, conocido por el nombre de Movimiento para la Unidad y la Yihad en África Occidental (o MUJAO, por sus siglas en francés). El secuestro de los tres cooperantes fue la primera acción terrorista del MUJAO y

Mariani está convencida de que Abu Alid Saravi fue el cerebro que la planeó.

«No vi a Abu Alid en todo el verano de 2011. Cuando regresó a principios de octubre, se había afeitado la barba y tenía un aspecto muy distinto. Le pregunté dónde había estado y me dijo que fuera de África, que había ido al extranjero. Yo creo que se había esfumado para organizar el secuestro de Rossella Urru y los demás rehenes.»

Con anterioridad a ese mes de octubre de 2011, Abu Alid había visitado a Maria Sandra Mariani en varias ocasiones y la había puesto al día de los progresos en las negociaciones para su puesta en libertad. Se había mostrado cortés y hablador, y había mencionado varias veces que los italianos no estaban cooperando, posiblemente porque ella no era más que una turista. Aseguraba que se había puesto en contacto con el gobierno italiano el 17 de febrero de 2011, pero que nadie le había dado respuesta. Así que, en junio de 2011, optó por hablar con la familia de Mariani, que, a su vez, trató de contactar con el gobierno Berlusconi directamente.

«En un cierto momento, a mi hermana le facilitaron un número de contacto directo con Berlusconi —recuerda Mariani—. Cuando llamaron a ese teléfono, se puso un secretario y les dijo que el presidente del gobierno estaba ocupado con las elecciones y que llamaran tras los comicios. Pedí a Abu Alid que me enseñara el número y me di cuenta de que no era de un móvil, sino de un teléfono fijo. ¡Lo que le habían dado a mi familia era el teléfono del secretario de Berlusconi! Posteriormente, mi hermana reconoció que, en el verano de 2011, el Ministerio de Exteriores había pedido a mi familia paciencia porque estaban tratando con diecinueve secuestros a la vez.»

Como veremos en los capítulos siguientes, los gobiernos clasifican a los rehenes por orden de importancia y les asignan una indicación con el rescate que están dispuestos a pagar por sus vidas. Es decir, que no solo los secuestradores, sino también los gobiernos, ponen precios diferentes según los rehenes: hay vidas que valen más que otras.